

y semejantes tulipanes ante las ventanas con macetas doradas". Volvió atrás entonces cavilando qué pobre hombre era él mismo entre tanta gente rica como había en el mundo. Pero cuando justamente pensaba lo bien que le iría como a este Herr Kannitverstan, dobló una esquina y tropezó con un gran cortejo funeral. Cuatro caballos negros, cubiertos con mantas negras, tiraban de un carro fúnebre lenta y tristemente, como si supieran que llevaban a un muerto a su eterno descanso. Seguía una larga hilera de amigos y conocidos del fallecido de par en par, cubiertos de negros mantos y mudos. A lo lejos tañía una solitaria esquila. De nuestro forastero se apoderó entonces esa tristeza que a nadie escapa cuando, con el sombrero en la mano, queda inmóvil y pensativo, hasta que todo ha pasado. Sin embargo, se acercó al último que había podido contar en silencio, le asió por el manto y le pidió excusas: "Debe haber sido un buen amigo vuestro" —le dijo— "pues la esquila tañe y acompañáis tan afligido y caviloso al cortejo". "¡Kannitverstan!", fue la respuesta. Entonces le rodaron por las mejillas al buen hijo de Tuttingen dos gruesas lágrimas, y se sintió primero oprimido, y luego aliviado en el corazón. "¡Pobre Kannitverstan!", exclamó. "¿Qué has sacado de toda tu riqueza? Cabalmente lo mismo que yo obtengo de mi pobreza: un traje de muerto y acaso un poco de romero sobre el pecho frío". Con estos pensamientos acompañó al presunto Kannitverstan hasta que le vio sumirse en el descanso de la sepultura. El sermón funeral, del que no entendió una palabra, le conmovió más que muchos sermones alemanes de los que no hizo caso. Finalmente, aliviado el corazón, acompañó a los que se fueron, y en una posada en la que se entendía alemán comió con buen apetito un trozo de queso de Limburg. Y cuando alguna vez le volvió a entristecer el hecho de que haya tantos ricos en el mundo y él sea tan pobre, se acordó siempre de Herr Kannitverstan, de Amsterdam, de su gran casa, de su enorme barco y de su estrecha sepultura.

### APARECE PEQUEÑA OBRA DE JAMES JOYCE

Entre los manuscritos de un coleccionista de Nueva York ha sido descubierto una narración de amor —no publicada todavía— del irlandés James Joyce, de 16 páginas de extensión, reveladoramente titulada "Giacomo Joyce". Tiene por tema el amor de Joyce por una mujer joven, a la que daba privadamente lecciones en Trieste, en 1914. Se trata de un cuaderno de notas com-

prado a un hermano del escritor por el coleccionista. A principios del próximo año será publicada la narración por la editorial "Viking Press". Según el biógrafo de Joyce, profesor Richard Ellmann, se trata de una pequeña "gran obra", la única del autor que sucede fuera de Irlanda. Es también la única descubierta desde su muerte.